

PUBLICACION:

ABC

FECHA: 23 ABR. 1974

POLITICA CULTURAL

En el planteamiento básico de una política española de la cultura, formulado en Barcelona, en el pregón de la Fiesta del Libro, por el ministro de Información y Turismo, destaca en primer lugar la afirmación de que si la sociedad española está atravesando, en lo cultural, una etapa crítica, la ola de crisis es universal; que no somos diferentes, aunque no debamos sólo imitar, sino también buscar soluciones en nuestras propias raíces de identidad:

Partiendo de esta premisa fundamental, de nuestra similitud con otros grupos humanos, con otros países, el señor Cabanillas Gallas pudo anunciar que, sin dejarse llevar por temores apocalípticos ni caer en el misticismo del desarrollo, «debe preverse que el grado conflictivo de la sociedad española crecerá al encontrar los niveles económicos del mundo industrializado». Y que, por ende, resulta indispensable que la sociedad permita un cierto grado de inquietud, ligado a la permanente búsqueda del equilibrio, y rechace la fórmula simple de que «la menor alteración deba ser tratada siempre como desorden».

Lo que el ministro consideraba como condición inexcusable para formular siquiera un esbozo de política cultural no es sino el principio de que a mayor orden corresponde mayor libertad; de que ésta, en suma, requiere imprescindiblemente el apoyo de aquél; principio enlazado con el convencimiento de que la cultura no es un «quehacer estatal» y que la sociedad debe asumir un papel activo en este campo, desembarazándose de viejos vicios de uniformidad e inmovilidad y admitiendo la posibilidad de cambios y evoluciones en su seno. Cultura y política han ido siempre unidas y el camino para la convivencia nacional transcurre por terrenos de ambas, vinculándolas aún más estrechamente de lo que muchos pudieran pensar.

El papel del Estado se reduce, pues, a reconocer el derecho a la comunicación cultural, aceptando íntegramente su deber de facilitar tal comunicación y creando, en la medida de sus posibilidades —que son muchas—, las condiciones idóneas para el ejercicio eficaz de aquel derecho. El ministro de Información afirmaba también que las ideas de tutela jerárquica o de dirigismo estatal se encuentran ya superadas, invitando a los intelectuales a reconocer, a su vez, la obligación que tienen, por el hecho de serlo, de observar la realidad e imaginar, comprometidamente, el porvenir de España; un futuro que, como resulta evidente, no debe ser, necesariamente, ni clandestino ni sombrío.

Apertura, participación, comunicación. Los conceptos que presidían el planteamiento programático del Gobierno Arias estaban incluidos implícitamente en el pregón, con la ambición de responder algo más que a un simple y cómodo nominalismo; como una invitación coherente y

responsable al país entero, buscando una perspectiva dinámica, configurando un modelo de cultura participante, único viable en el mundo de hoy, en que, como el ministro recordaba, el papel activo de los miembros de una comunidad constituye un valor asumido.

Los proyectos concretos del Gobierno —posible creación de un Consejo Nacional de la Cultura, presentación del anteproyecto de la ley del Libro, propósito de utilizar la televisión como permanente vehículo cultural, potenciación de Ateneos, establecimiento de una red nacional de Aulas de Cultura Popular— tienen, con todo, menor relieve que la enunciación de esas coordenadas básicas con las que se procurará respetar las peculiaridades de las distintas lenguas españolas, yendo hacia una construcción pluralista de la cultura y hacia la mejora de las instituciones que protegen la libertad de elección humana, tanto para los individuos y grupos de hoy como para los del mañana. Información equivale a cultura, y sólo el hombre informado es capaz de asumir la responsabilidad de elegir. Sin embargo, no olvidemos que si el Estado ha de establecer los cauces, es la sociedad quien debe generar la corriente. En el planteamiento del ministro de Información y Turismo en Barcelona, junto a una definición nueva del Departamento —configurado ya, tácitamente, como Ministerio de la Cultura— y a una declaración de propósitos, se ha formulado un desafío a los hombres que hoy configuran la cultura y se ha emplazado a la sociedad española en pleno.